



Fernández López, Olga, *Exposiciones y comisariado. Relatos cruzados*. Madrid, Cátedra, 2020.

Beatriz Cordero Martín

En octubre de 2017 el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo (CAAC) presentó una exposición que abordaba las muchas subjetividades que han sido puestas en escena en proyectos expositivos desde principios del siglo XX. Lo hacía dando voz a algunos artistas que, desde su propia contemporaneidad, pero sin perder de vista el contexto en el que fueron creadas, mostraban una mirada reflexiva sobre estas exposiciones. Era este un proyecto que pretendía dar a conocer historias de la Historia a través de algunas de sus exposiciones. Su título, «Mil bestias que rugen», hacía alusión a las sensaciones experimentadas por El Lissitzky a propósito de las exposiciones internacionales a principios del siglo pasado. Su comisaria, Olga Fernández López, acaba de publicar *Exposiciones y comisariado. Relatos cruzados* (Básicos Arte Cátedra, 2020), una obra tan valiosa como necesaria, pues genera varios recorridos, no ya por las exposiciones más relevantes del siglo XX (un estudio que de por sí sería relevante dadas las carencias bibliográficas sobre este tema en concreto), sino, además, por los factores determinantes que han hecho que algunos proyectos expositivos se hayan convertido en referencias históricas de relevancia. Por una parte, la autora destaca los comisarios, instituciones y eventos artísticos que han resultado más determinantes desde el inicio del siglo XX hasta prácticamente nuestros días. Al mismo tiempo, y esto es lo que hace que este libro sea especialmente provechoso, incluye reflexiones sobre el poder del diseño y su papel en las políticas expositivas, «la bienalización» o globalización del mundo del arte, «el comisariado en el campo expandido», las «emergencias museográficas», la dematerialización del arte y el consecuente «arte a distancia», los sistemas de clasificación, la incursión del archivo en las exposiciones, el comisariado de arte público, exposiciones y activismo, los museos imaginarios, etc.

Es decir, *Exposiciones y comisariado. Relatos cruzados* es el libro perfecto para asomarnos a un campo de estudio que, tal y como señala Fernández López en su introducción, surgió primero en el ámbito académico anglosajón y es aún relativamente reciente en España. Sin embargo, el estudio de exposiciones y el comisariado ha ido tímidamente sumándose a los programas universitarios españoles en los últimos años, algo de lo que se ha encargado la propia autora desde distintas instituciones. La publicación es por tanto consecuencia de años de investigación y reflexión sobre estos temas y, pese a su naturaleza casi enciclopédica –si consideramos la cantidad de información que nos ofrece– esta se expone de una manera excepcionalmente clara y directa, feliz resultado del oficio docente. El proceso de maceración se hace evidente no solo en el torrente de información condensada en sus páginas, también en la extraordinaria bibliografía aportada, así como en los fragmentos de texto de la

época que se ofrecen al final de cada capítulo, tal y como es característico en esta colección. Al poner el foco en los puntos de vista de quienes fueran los protagonistas de la época, estos breves escritos contribuyen a expandir el discurso a la vez que recuperan las voces fundamentales del momento en cuestión.

En este sentido, uno de los aciertos más obvios del libro es la propia estructura, que combina la narrativa cronológica con esos «relatos cruzados», lo que nos permite establecer relaciones entre los temas sin que en ningún momento se caiga en la redundancia. El lector avanza en el tiempo a la vez que se van tejiendo redes en las que los temas se van prendiendo con gran naturalidad. En realidad, estos *relatos cruzados* son consecuencia de fenómenos de sobra conocidos, pero que a menudo quedan excluidos de análisis profundos: el hecho de que «en las exposiciones [...] se proyecta el sistema de relaciones personales, políticas y económicas que constituye el campo artístico» (p. 14). En este cruce de relatos Fernández López nos acerca a las grandes figuras del comisariado (Harald Szeemann, Seth Siegelaaab, Lucy Lippard, Alexander Dornier, etc.) pero también a aquellos que han reflexionado sobre la disciplina desde el mundo de vista académico (Martha Ward, Bruce Altshuler, Charlotte Klonk). No se olvida la autora del arte performativo y se ocupa de experimentos que con el tiempo han resultado tan significativos como los del grupo Gutai, como «Exposición experimental al aire libre de arte moderno para desafiar el sol de medio verano» (1955), las veladas en el apartamento de Yoko Ono (1960) o algunos eventos de los Encuentros de Pamplona (1972). Asimismo, aborda cuestiones como la «consideración del espacio de creación como un campo de sensibilidad», el caso de las «contraexposiciones», y el fenómeno del crítico-artista (Lucy Lippard), artista comisario (Hans Haacke) o artista-conservador (Fred Wilson), por mencionar algunos de los temas transversales.

Un segundo mérito especialmente destacable de *Exposiciones y comisariado* reside en la capacidad de la autora para presentar un relato inclusivo de la historia de las exposiciones. Siempre es de agradecer que la Historia del Arte europea abandone su zona de confort para prestar una mayor atención a lo que sucede en Latinoamérica, Rusia, África, Asia o el Próximo Oriente. En este caso, es especialmente encomiable ya que la escasa bibliografía sobre comisariado y la historia de las exposiciones se centra fundamentalmente en la experiencia occidental y tiende a conceder un protagonismo hegemónico a la historia del Museum of Modern Art de Nueva York.

La narración de Fernández López, sin embargo, abre nuevos caminos a la investigación al desgranar, década a década, muchas de las contradicciones presentes en las políticas curatoriales del siglo XX, como por ejemplo la producida con la vanguardia soviética durante el periodo estalinista. También expone los proyectos y protagonistas que con el tiempo quedaron fuera del relato hegemónico, pero que no por ello dejaron de generar un espacio de influencia, como es el caso de aquellos diseños que quedaron al margen de la «política espacial del cubo blanco». Si bien es cierto que la simplificación paulatina conducente al «cubo blanco» se expandió y se convirtió en canónica (que no por ello ideológicamente neutral sino, como apunta la autora, más bien al contrario), existieron muchas otras realidades alternativas, que no renunciaron a la multiplicidad, al color, al barroquismo decorativo e incluso llevaron los experimentos sensoriales de la vanguardia al diseño expositivo. Esta obra nos recuerda, por ejemplo, la estridente primera exposición de Die Brücke en 1906 en una fábrica de lámparas, los «ambientes inmersivos» de El Lissitzky, las exposiciones de ADLAN en los años treinta, las atmósferas «psicológicas» de Frederick Kiesler en

Art of This Century, las exposiciones del Museo experimental el Eco, los jardines de esculturas y otros muchos proyectos que no se sumaron a la estética del cubo blanco. Así, nos encontramos con paneles móviles, «visión expandida», muros transparentes, «arquitectura emocional» y otros innovadores elementos, muchos procedentes de las artes escénicas, otros de los escaparates comerciales, la mayoría inspirados por los propios experimentos en el campo de las Bellas Artes y la arquitectura.

Otras labores descentralizadoras mencionadas son las «contrabienales» organizadas por Picasso en París, y por Rivera, Siqueiros y Tamayo en México; las «bienales de resistencia» celebradas en India o las «bienales del sur», muy vinculadas a las reivindicaciones descolonizadoras (razón por la cual la autora habla también en ocasiones de «exposiciones reparadoras»). Todos ellos casos que consiguieron alzarse contra la genealogía propuesta por las instituciones definitorias del canon oficial del arte moderno. Y situándose en el cruce de cánones y contracánones, Fernández López aprovecha para desmontar también algunos tópicos: «la década de los 80 no fue el periodo conservador que nos ha transmitido la historiografía» o «el comisario-autor no es la única forma posible de entender el comisariado, sino solo la que ha predominado desde los 70».

Por último, no podía faltar una reflexión sobre el público: al comisariado transnacional le corresponde un público «diaspórico», dice la autora, que concluye el libro con un pensamiento del artista Jorge Ribalta: «el público no es alguien a quien llegar, que está ahí esperando pasivamente las mercancías culturales, sino que se constituye sobre el propio proceso discursivo y en el acto de ser convocado. El público está en un proceso de movilidad permanente» (p. 252).

En realidad, todo lo relacionado con el arte «está en un proceso de movilidad permanente», el hecho de que la Historia del Arte esté cada vez más vinculada a otras disciplinas como la Sociología o los Estudios de Género ayuda a entender un concepto, el de multiplicidad de modernidades, que la autora conoce bien. La labor expansiva del comisariado ha llegado en nuestros días a la justicia social. A principios de 2020 el Bronx Museum nombraba un nuevo cargo en sus filas y Jasmine Wahi se convertía en la primera «comisaria de justicia social» (*social justice curator*), lo que demuestra que la figura del comisario y la museología continúan evolucionando y adaptándose a los tiempos. *Exposiciones y comisariado. Relatos cruzados* es un valiente y decidido manual que esclarece muchas cuestiones acerca de esta evolución y sin duda alguna ocupará un lugar destacado en las bibliografías de nuestros cursos.